

DEMOCRACIA, FUERZAS PRODUCTIVAS Y SOCIALISMO. UNA CONSTELACIÓN FRAGMENTADA DE DEBATES SOBRE TECNOLOGÍAS Y EMANCIPACIÓN A TRAVÉS DE LOS MARXISMOS

DEMOCRACY, PRODUCTIVE FORCES AND SOCIALISM. A FRAGMENTED CONSTELLATION OF DEBATES ON TECHNOLOGIES AND EMANCIPATION ACROSS MARXISMS

Ernesto M. Díaz Macías

Universidad de Cádiz, Cádiz, España

ernesto.diaz@uca.es

Recibido: septiembre de 2023

Aceptado: octubre de 2023

Palabras clave: marxismos, tecnología, emancipación, socialismo, democracia

Keywords: marxisms, technology, emancipation, socialism, democracy

Resumen: emancipación, tecnología y democracia han sido tres de las variables más presentes en cada una de las ramas de los marxismos durante los siglos XIX-XXI. Cada una de estas familias ofreció una propuesta más o menos específica de cómo combinarlas con el fin de construir una sociedad sin clases: el socialismo. Este capítulo pretende recorrer algunos de los debates que han cruzado a los distintos marxismos y que han producido distintas versiones de la relación entre estos tres factores.

Abstract: emancipation, technology and democracy have been three of the variables most present in each of the branches of Marxism during the 19th-21st centuries. Each of these families offered a more or less specific proposal of how to combine them in order to build a classless society: socialism. This chapter aims to go through some of the debates that have crossed the different Marxisms and which have produced different versions of the relationship among these three factors.

1 Introducción

Independientemente de las particularidades de cada familia o subcultura, los distintos marxismos que surgieron a lo largo de los siglos XIX-XXI abordaron constantemente la relación entre tres factores: la emancipación humana como objetivo, la democracia (o su ausencia) como medio y el desarrollo de las fuerzas productivas (Mandel, 1977; Delgado Wise, 2021) y su socialización como fuerza material que posibilitara una sociedad sin clases. Este tridente ha estado presente bajo diversas versiones desde finales del siglo XIX desde el surgimiento de la socialdemocracia hasta nuestros días con las distintas discusiones sobre cibercomunismo o el reto que plantea las Inteligencias Artificiales (IAs) a la humanidad.

Como veremos, cada subcultura política de los marxismos planteó una versión propia de cómo debían combinarse estos distintos factores para alumbrar una sociedad sin clases. La socialdemocracia vio posible el desarrollo tecnológico y la transición al socialismo sin grandes traumas políticos; el leninismo sostuvo la necesidad de una ruptura revolucionaria que inaugurara una democracia de nuevo tipo y permitiera un desarrollo de las fuerzas productivas. El estalinismo mantuvo la necesidad del desarrollo tecnológico, pero eliminó de la ecuación la democracia de nuevo tipo; trotskismo y consejismo intentaron, cada uno a su manera, retornar hacia un equilibrio entre el desarrollo tecnológico y el nacimiento de una democracia distinta a la capitalista.

Estos tres factores continúan a día de hoy evaluándose a la luz de un contexto histórico completamente nuevo. El desarrollo de la tecnología en el siglo XXI ha llegado

a unos niveles inusitados colocando en el centro el mundo digital y las IAs. Abordaremos este elemento y sus implicaciones al final del capítulo.

2. Un fatalismo evolucionista como vía al socialismo.

La recepción de la socialdemocracia sobre el desarrollo de las fuerzas productivas

Una parte relevante de la socialdemocracia alemana (y siguiéndola a ella, también la europea) planteó un esquema fatalista sobre el desarrollo de las fuerzas productivas según el cual su desarrollo al servicio del capital combinado con un panorama político caracterizado por la democracia representativa daría como resultado inevitable la emancipación humana, el socialismo. Según este planteamiento, el papel de la socialdemocracia era navegar a favor del viento, evitando grandes tempestades y rupturas políticas. Se concebía, por tanto, un papel central al desarrollo de la tecnología y su traducción más o menos automática a las relaciones sociales. Por tanto, el papel de la socialdemocracia era acompañar desde las instituciones representativas el desarrollo tecnológico impulsado por el capital, evitando los riesgos de rupturas políticas por la izquierda o de involuciones reaccionarias por la derecha (Kautsky, 2023)¹.

Esta idea se gestó entre finales del siglo XIX e inicios del XX. Hablamos de un con-

¹ Esta fue la concepción central de Kautsky, que Luxemburg y otros rechazaron bajo el término peyorativo de “radicalismo pasivo”. Él rechazó dichos ataques en la obra citada, p. 16.

texto político anterior a la Primera Guerra Mundial. El panorama político y social en varios países de Europa se caracterizó por un avance de los derechos políticos (Hobsbawm, 2014: 759)² y una mejora relativa de las condiciones materiales de las clases trabajadoras. Hablamos, por tanto, de un momento político propicio para el nacimiento de cierto optimismo que tendría sus repercusiones también a nivel teórico. Como se sabe, la mayor muestra de optimismo teórico la ofreció Bernstein y su versión del “socialismo evolutivo” en el que contemplaba una evolución pacífica y gradual del capitalismo al socialismo a través del simple desarrollo de las fuerzas productivas (Bernstein, 2011; 2018).

Como acertadamente criticaron sus rivales en el seno de la socialdemocracia europea, la confianza fatalista en el desarrollo de las fuerzas productivas (ya fuera en la versión del “radicalismo pasivo” o del “socialismo evolucionista”) al margen de una modificación de las relaciones sociales solamente podía desarmar al movimiento obrero (Lenin, 1975). El camino hacia la emancipación exigía más que el simple desarrollo de las fuerzas productivas bajo una democracia liberal.

2 A pesar de haber avances significativos de derechos políticos, el Imperio Alemán no conocía aún la democracia. Si bien contaba con instituciones representativas, éstas carecían de capacidad legislativa o de control sobre las decisiones de los ministros al servicio de los Hohenzollern. Véase en la obra citada.

3. Un fatalismo productivista y autoritario como vía al socialismo. La URSS, el estalinismo y la hipótesis de la “transición autoritaria al socialismo”

Lenin planteó un esquema fuera del plano evolutivo de la socialdemocracia. Para él no existían automatismos entre el desarrollo de las fuerzas productivas por el capital y los avances hacia el socialismo. El contexto ruso dominado por el absolutismo contribuyó a alejarle del optimismo teórico de Kautsky o Bernstein. Para él, el avance hacia el socialismo suponía un cambio de las relaciones sociales necesariamente propiciado por una ruptura revolucionaria del Estado (Lenin, 2009).

Pero bajo su concepción, esta revolución representaba solamente el inicio de un largo proceso. En una de sus más famosas citas afirmó que el comunismo equivalía al “poder de los soviets más la electrificación”. Por tanto, en su esquema debía haber un desarrollo paralelo de dos factores: primero, de nuevos mecanismos democráticos, los soviets, que irían más allá de la “democracia formal” liberal (III Internacional, 1973) (que se entendía como funcional a la formación social capitalista) para involucrar sobre la práctica a los productores en la toma de decisiones; segundo, el desarrollo de las fuerzas productivas (ejemplificado con la electrificación) para hacer viable la liberación del trabajo humano de la explotación y de las fuerzas de la naturaleza. Ambas solamente podrían ponerse en marcha mediante una ruptura del orden capitalista. Sus decisiones y su producción teórica son contradictorias al respecto de la democracia

soviética (Díaz Macías, 2023a). Por citar uno, en pocos meses pasó de oficializar el carácter pluripartidista de la democracia soviética a perseguir a los partidos disidentes de izquierda. Estas contradicciones no responden a oportunismo político. Solamente se pueden explicar por los cambios del contexto político y por las presiones que fueron propias de la Guerra Civil, que puso contra las cuerdas al régimen en su conjunto: invasiones procedentes de 13 países, escaso acceso a la alimentación, reducción significativa de la población, así como retroceso decisivo de las fuerzas productivas y del comercio (Fontana, 1984: 32-33; 35; Lewin, 2005: 370). La revolución estaba más lejos que nunca de sus aspiraciones.

A pesar de las contradicciones existentes se puede afirmar, con Lewin, que Stalin operó una ruptura decisiva en relación a la forma en que Lenin entendió la gestión de las diferencias y la democracia (Lewin, 2005). Si Lenin vio en el comunismo el desarrollo paralelo de una nueva democracia y de las fuerzas productivas, la posterior versión estalinista de la interacción de nuestros factores eliminó la primera parte de la ecuación, suplantando del esquema el papel de la participación activa de los productores por el de la rígida dirigencia de la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Stalin no asumió la ausencia de democracia ni como una contradicción ni como una excepción temporal desagradable en tiempos de dificultades extremas (Díaz Macías, 2023a)³. Más bien, elevó las

contradicciones de Lenin en el plano democrático al rango de categoría teórica, sosteniendo una práctica política que podría definirse como una hipótesis de una “transición autoritaria al socialismo” (Díaz Macías, 2023b: 87). Esta idea vertebró el conjunto de instituciones del régimen soviético: la idea del partido único, la existencia de monolitismo partidario, así como la planificación burocrática de la economía. Bajo su concepción, solamente el estrecho control político por parte de una directiva ilustrada estaba en condiciones de desarrollar planificada y verticalmente las fuerzas productivas en la URSS. Únicamente bajo esta dictadura de la dirigencia comunista se podría avanzar hacia el socialismo, que se entiende en sus aspectos esenciales como desarrollo planificado de las fuerzas productivas.

Como hemos visto, socialismo, democracia y desarrollo de las fuerzas productivas siguen presentes, pero bajo un nuevo tipo de relación. Bajo la concepción estalinista se modifica la primacía en la interacción de los factores en favor del desarrollo de las fuerzas productivas y en detrimento de la democracia. La ausencia de la democracia se entiende como un beneficio, pues solamente la dirigencia ilustrada del PCUS podría hacer avanzar el desarrollo de las fuerzas productivas. De hecho, el desarrollo de las fuerzas productivas sería el único factor con el cual medir el desarrollo del socialismo, independientemente del grado de control de los productores sobre la sociedad. Es precisamente el desarrollo productivo el que legitimaría a la dirección del partido hablar de la consoli-

3 Sobre la excepcionalidad hay que hacer una aclaración. Que Lenin suprimiera el carácter democrático de los soviets bajo un contexto de excepcionalidad no equivale a su justificación, sino que supone su contextualización. Además,

existen diversas formas de encarar la excepcionalidad. De lo contrario, estaríamos abocados a justificar sin matices cualquiera de las medidas autoritarias de los bolcheviques. Esta diferencia esencial la defendí en la obra citada.

dación del socialismo en 1936 (Stalin) o el avance hacia la consolidación del comunismo en 1959 (Jruschov) (Stalin, 2023; Santiago de Pablo, 1962: 23).

Estamos, por tanto, ante una valoración del socialismo en términos de fatalismo productivista. Es lo que llevó a Hobsbawm a su consideración más general sobre la experiencia soviética bajo su control: “modernizó gran parte de un país atrasado, pero, aunque sus logros fueron titánicos [...] el coste humano fue enorme, su economía no tenía porvenir [...] y su sistema político se desmoronó” (Hobsbawm, 2002: 251). Sus palabras son justas, pues como sabemos el desarrollo de las fuerzas productivas no inauguró, en ausencia del más mínimo control democrático, ninguna sociedad más igualitaria.

4. ¿Caminos democráticos a la emancipación? Fuerzas productivas y democracia en el consejismo y el trotskismo

A lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX se desarrollaron dos versiones más de esta relación factorial que se reconocían en la Revolución Rusa: la del consejismo y el trotskismo. La primera se sentía heredera de la Revolución Rusa, pero no del leninismo al que veía como un cuerpo extraño que se impuso sobre una revolución popular de carácter espontáneo. Por su parte, el trotskismo y la IV Internacional plantearon a lo largo del siglo XX un esquema que podría identificarse con la posición equilibrada entre un nuevo tipo de democracia y el desarrollo de las fuerzas productivas que sostuvo Lenin.

A pesar de carecer de organizaciones estables en el tiempo, la tradición consejista desarrolló una serie de posiciones comunes sobre el equilibrio de los tres factores en relación a la experiencia soviética. Si el estalinismo rompió el equilibrio desarrollo de las fuerzas productivas-nueva democracia en favor del primer factor, el consejismo vino a representar un nuevo desequilibrio en beneficio de la democracia consejista, otorgando un papel secundario al desarrollo de las fuerzas productivas en la transición al socialismo.

La mayor parte de su argumentación es una crítica democrática del bolchevismo. Para los consejistas, el control de la Revolución Rusa por parte del bolchevismo implicó la reducción drástica y definitiva de la democracia soviética (Pannekoek, 1977a:127). Mattick lleva al extremo su interpretación antibolchevique cuando afirma que el objetivo del partido de Lenin pretendía “restaurar un orden social dirigido centralmente para la perpetuación del divorcio capitalista de los trabajadores de los medios de producción” (Mattick, 1978: 65). Con su conquista se instauraba una dictadura estable que sólo representaría al 10 o 15% de la sociedad soviética, según cálculos de Castoriadis (1976a: 117).

De forma alternativa, al socialismo solamente se llegaría mediante un desarrollo lo más amplio posible de los derechos democráticos. Una perspectiva que los consejistas hicieron suya y que provenía esencialmente de la crítica de Luxemburg a la experiencia soviética (Luxemburg, 2017; Díaz Macías, 2023b: 348). La extensión e intensificación de la democracia obrera se entendía tanto en el plano político como en el económico. Si atendemos a esta última, sostuvieron que estatización

y socialismo serían modelos divergentes, pues el control estatal de los medios de producción no eliminaría el problema fundamental: “¿Quién domina, quien dirige, quien administra la economía [...] y quien se *beneficia de ella*?” (Castoriadis, 1976b: 303). A ella opondrían la organización del proletariado en consejos obreros (Pannekoek, 1977b: 97). La redacción y propuesta de los planes “será la tarea de unas empresas específicas, altamente mecanizadas y automatizadas, cuyo principal trabajo consistiría en la producción masiva de los diversos *planes (objetivos)* y de los *diversos componentes (implicaciones)*” Cardan, 1976: 68). En cuanto al ámbito político, el mantenimiento de la organización de los consejos previa Revolución de Octubre permitiría volver a una situación caracterizada por la democracia obrera.

El trotskismo divergía del consejismo en su interpretación de la Revolución de Octubre y del leninismo. Bajo su argumentación, una y otro fueron legítimos y no supusieron automáticamente una destrucción de la democracia obrera. Ésta se derrumbaría como efecto combinado de la Guerra Civil y de ascenso del estalinismo. Pero al margen de esta divergencia, mantuvo con Lenin y con el consejismo la necesidad de mantener equilibrio entre desarrollo de una nueva democracia no limitada por el capitalismo, así como desarrollar las fuerzas productivas. Uno de los ejemplos de esta postura de equilibrio se refleja en los debates en el seno del PCUS con la “crisis de las tijeras” en 1927. En éste, la Oposición de Izquierda (agrupación que reunía a bolcheviques democráticos y que incluía a Trotsky) optaban por planificar el desarrollo industrial y socializar el campo progresivamente, de forma voluntaria en aquellas propiedades

que se convencieran de las virtudes de la economía planificada (Mandel, s.f.: 55).

El pensamiento trotskista posterior desarrolló esta tímida posición democrática hasta impugnar el conjunto del estalinismo por su carácter estructuralmente antidemocrático (IV Internacional, 1985). Desde entonces, sostuvo que la transición al socialismo era inviable simplemente a través de una economía planificada en un régimen exento de libertades democráticas.

5. Democracia, fuerzas productivas y socialismo hoy

Hasta ahora, hemos analizado las propuestas de los marxismos que históricamente combinaban los tres factores que pensamos que se mantienen constantes al margen de sus diferencias. Cabe preguntarse qué permanece de todo este debate y qué ha sido redefinido (total o parcialmente) por la fuerza de los cambios y la reflexión. ¿Cuál es la actualidad de estos factores? ¿Qué combinación de los mismos es reivindicable?

5.1. Democracia y perspectiva socialista. ¿Qué hay de nuevo, amigos?

Si hablamos del plano democrático, hay algunos elementos que saltan rápidamente a la vista. En primer lugar, el descrédito histórico del autoritarismo soviético. En 1993, a muy poco tiempo de la disolución de la URSS, Blackburn editaba un libro colectivo que incluía reflexiones de algunos de los más brillantes marxistas europeos de finales de siglo (Blackburn,

1993). Este grupo de autores pusieron negro sobre blanco muchas de las críticas democráticas por las cuales se podía desautorizar la experiencia soviética y la del bloque situado bajo su control como una verdadera representación de las aspiraciones socialistas. En las últimas décadas, incluso proyectos de corte fervientemente estalinista como el PKK Kurdo transformaron su cultura política para incluir la participación democrática activa de la gente corriente como un factor central de su práctica política (De Jong, 2015; Akkaya, 2020; Aslan, 2020).

Sin embargo, un tiempo después de que vieran la luz reflexiones teóricas y transformaciones culturales como éstas, en los últimos años se desarrolla un cierto repunte del neoestalinismo. Éste se caracteriza en el plano social por la búsqueda de una centralidad obrerista que se desprenda de los enriquecimientos feministas, ecologistas, LGTBI y otros “cuerpos extraños” que se habrían endosado a la izquierda revolucionaria. Esto es, volver a una izquierda revolucionaria más o menos pre sesentayochista. En el plano político, se caracteriza por un desprecio del papel los mecanismos democráticos en una transición al socialismo. Y derivándose de esta minusvaloración, el neoestalinismo genera una cultura política autoritaria concentrada en torno a un líder-guía. El crecimiento de estas posiciones solamente podría significar el retorno a una cultura política autoritaria tipo años 30, que por desconocer los nexos *necesarios* entre democracia y socialismo se convierte en una fuerza estéril para cambios estructurales, por mucha reclamación esencialista que se realice.

Pero el neoestalinismo es, a día de hoy, solamente una pequeña representación

del conjunto de los marxismos y socialismos. La izquierda mayoritaria se encuentra alejada de esas posiciones, pero sufre el pesar de sus fantasmas propios, acorralada entre las lógicas de competición partidaria y la incapacidad (o falta de voluntad) de transformar el significado de lo democrático. En efecto, la mayor parte de los proyectos de corte socialista han aceptado acríticamente los sesgos elitistas de las instituciones democráticas representativas, la exclusividad de los mecanismos electivos y partidarios, así como el autoritarismo del capital en el seno de las relaciones sociales de producción (Schumpeter, 1983; Held, 2008; Moreno Pestaña, 2021; Díaz Macías, 2022). Esta adaptación a la democracia capitalista realmente existente se explica, entre otros factores, por la renuncia (explícita o implícita) de una transición hacia un tipo de sociedad distinta.

Éste es quizá el factor que se ha visto más alterado, el fin del socialismo como la aspiración al socialismo como regulador de la actividad política. Una renuncia que reduce la política a la gestión posible de lo existente y elimina la ampliación democrática de la perspectiva estratégica.

5.2. Fuerzas productivas y socialismo. ¿El fin del fanatismo productivista?

Por último, el debate sobre el desarrollo de las fuerzas productivas se ha visto también profundamente alterado. La mayor parte de los marxismos y socialismos valoraron durante décadas el desarrollo de éstas como un impulso objetivo (libre de implicaciones políticas y morales que sobrepasaran los debates tecnológicos y técnicos) y cuantitativo (en el que se iba

de un estadio más primitivo a uno más desarrollado). El pensamiento ecologista alteró profundamente esta perspectiva objetivista durante las últimas décadas del siglo XX para gozar hoy de una mayor centralidad.

En efecto, los distintos marxismos cuestionaron poco o nada el desarrollo de las fuerzas productivas. Allí donde los proyectos marxistas tuvieron capacidad de hacerse con el poder, el impulso dado a las fuerzas productivas se realizó con el objetivo de superar al capitalismo, independientemente de las implicaciones sobre los productores y sobre el planeta (Kowalewski, 2021; Andrés, 2017)⁴. Su desarrollo implicó, por tanto, una actitud fanática sobre el desarrollo tecnológico marginando otros factores, como el control democrático de los productores.

Actualmente, una parte relevante de los proyectos socialistas se ha desprendido del fanatismo productivista que impregnó a los marxismos durante gran parte del siglo XX, mientras que otros han fusionado posiciones provenientes de campos ciertamente antagónicos. ¿Dónde se encuentra cada agente? La parte de esta tradición más apegada al capitalismo (la socialdemocracia europea) ha asumido el enfoque del capitalismo verde (Tanuro, 2011), intentando compatibilizar productivismo y ecologismo light. El marxismo no socialista ha desarrollado una crítica ecologista radical al capitalismo y aspira a poner en marcha una transición ecologista hacia otra sociedad (Foster, 2008). Por su

4 El primero es una valoración sobre el impacto humano del desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS. El segundo, una valoración del impacto ambiental del desarrollo productivo de la URSS, así como de los ecologistas marginados en aquel contexto.

parte, el neo estalinismo rechaza de plano todo análisis ecologista y llama a una reindustrialización sin apellidos, recuperando los peores fanatismos productivistas del siglo XX.

Pero el debate no se frenó en este punto. El desarrollo de internet y de las Inteligencias Artificiales (IAs) vino a alterar todavía más los debates relacionados con las fuerzas productivas y el proyecto socialista. Algunos autores han destacado las nuevas facilidades que el desarrollo de internet permite para una planificación democrática de la economía (Cockshott y Nieto Fernández, 2017). A pesar de estos avances, aún abundan los autores que desconfían de la capacidad social de planificar el conjunto de la economía de forma democrática. Desconfían de la existencia de una “mente única –universal–” capaz de planificar la producción en su conjunto. Para ellos es importante valorar qué sectores de la economía queda bajo control del mercado, un espacio económico que debería redefinirse estructuralmente (Moreno Pestaña, 2023).

El reciente desarrollo de chats abiertos al público basados en el uso de IAs ha generado en poco tiempo un debate muy intenso sobre sus implicaciones sociales. Algunos autores vieron en su desarrollo un atisbo de una sociedad controlada por máquinas al modo del Matrix de las hermanas Wachowski. Otros más optimistas han visto en su desarrollo la base de una sociedad socialista librada de la escasez (Dávalos, 2018). Por su parte, Chomsky ve peligros en su involucración en usos militares, pero no le atribuye posibilidades de replicar conocimiento humano al tener límites marcados en el uso del lenguaje (Polychroniou, 2023).

Poseo pocas capacidades para analizar las implicaciones técnicas de la IA. Pero a nivel histórico sí puedo afirmar que su desarrollo no ha implicado el fin de cierto fatalismo tecnológico que ve en el desarrollo de las fuerzas productivas el origen primigenio de un cambio en términos socialistas. Este postulado parte de la idea que el desarrollo de las fuerzas productivas puede generar en sí mismo cambios de las relaciones sociales y el inicio de una transición hacia una sociedad post capitalista. Quien escribe no puede descartar totalmente ese tipo de consecuencias. Pero sí puede advertir ciertas reminiscencias de un fatalismo tecnológico similar al de la socialdemocracia clásica, cuyos postulados sobre la traslación social del desarrollo tecnocientífico siempre estuvieron muy lejos de la realidad. Todo desarrollo de las fuerzas productivas (y esto en el siglo XXI debe significar un desarrollo social y ecológico) debe acompañarse necesariamente de cambios en las reglas de juego, de modificaciones sustanciales de las relaciones sociales vista la capacidad de absorción y transformación del capitalismo a lo largo de la historia.

6. ¿Reinventar democráticamente el socialismo? Una historia interminable

Las relaciones sociales capitalistas se han mostrado históricamente capaces de absorber y alterar el impacto del desarrollo de las fuerzas productivas en beneficio propio. No hubo en el pasado, ni parece que haya en el presente, posibilidades de que se derive mecánicamente ninguna transformación en sentido socialista.

Tampoco existió esta relación directa en la URSS, donde la planificación estatal del desarrollo de las fuerzas productivas no significó en ningún momento de su historia transición al socialismo.

Si, como digo, hay que huir del fatalismo tecnocientífico, cabe preguntarse ¿Dónde buscar la clave de una renovación del socialismo entendido como sociedad que aspira a la emancipación humana? La historia del origen del capitalismo puede dar alguna clave, al ofrecernos un proceso relativamente cercano de transición hacia otra sociedad.

Muchos de los postulados sobre el desarrollo del capitalismo asocian su origen al desarrollo de las innovaciones tecnológicas de la Revolución Industrial, así como al desarrollo del mercantilismo. Los beneficios procedentes de una y de otra se invertirían progresivamente en la producción de bienes y en la concentración de la producción en fábricas donde las relaciones sociales comienzan a ser novedosas. De forma alternativa, el marxismo británico encabezado por Brenner y Wood sitúan el desarrollo tecnológico y del mercantilismo en una posición subordinada al factor central: el cambio de relaciones sociales que tuvo lugar en el mundo rural del sur y suroeste inglés del siglo XVI. En esta zona y tiempo determinados, la confrontación entre campesinos y aristócratas dio como resultado un nuevo tipo de relación entre poseedores y productores rurales naciendo el alquiler competitivo de tierras de cultivo y librado de la servidumbre rural anterior. Fue este cambio social el que configuró el primer capitalismo agrario a partir del cual se desarrolló posteriormente el capitalismo industrial (Brenner, 1976; 1989; Wood, 2021).

Sirviéndonos del origen histórico del capitalismo, así como de la capacidad del capital para resinificar el desarrollo de las fuerzas productivas, se podría afirmar que los avances tecno científicos de nuestro siglo pueden implicar simplificaciones de operaciones en la planificación o en la reducción de la misma, pero no implicar cambios automáticos en las relaciones sociales.

El espacio que permite un artículo es muy corto para explayarse en explicaciones de calado. Pero pensamos que el socialismo del futuro solamente podrá ser el resultado de un nuevo cambio de relaciones sociales entre propietarios y productores. Pero éste cambio debe ser entendido de forma radicalmente opuesta a cómo fue entendido en la URSS, ya que la estatización de los medios de producción combinado con una forma autoritaria de poder político solamente inauguró nuevas formas de opresión. Por tanto, el nuevo cambio de relaciones sociales deberá definir el crecimiento de instituciones democráticas en todos los ámbitos de la vida como el factor esencial en torno al cual medir el desarrollo del socialismo.

7. Bibliografía

III Internacional (1973). “Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado”, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Vol. 1*. Córdoba (Argentina): Siglo XXI.

IV Internacional (1985). “Dictadura del proletariado y democracia socialista”. <https://cutt.ly/pwqY50qf>. Fecha de consulta: enero de 2023.

Akkaya, A. (2020). “La búsqueda de autogobierno de los kurdos”, en Lois, M. y

Akkaya, A. (eds.). *Estrategias descoloniales en comunidades sin Estado*. Madrid: Los Libros de la Catarata, p. 44-50.

Andrés, R. (2017). “A 100 años de la Revolución Rusa. Apogeo y caída del ecologismo en la naciente Unión Soviética”. <https://cutt.ly/cwqHupmP>. Fecha de consulta: enero de 2023.

Aslan, A. (2020). “Repensar la revolución desde la autonomía democrática de Rojava: la nación democrática y la liberación de las mujeres”. En Lois, M. y Akkaya, A. (eds.). *Estrategias descoloniales en comunidades sin Estado*. Madrid: Los Libros de la Catarata, pp. 64-86.

Bernstein, E. (2011). *El socialismo evolucionista*. Granada: Comares.

Bernstein, E. (2018). *Karl Marx y la reforma social. El socialismo democrático como fruto maduro del liberalismo*. Barcelona: Página Indómita.

Blackburn, R. (ed.) (1993). *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona: Crítica.

Brenner, R. (1976). “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe”. *Past and Present*, 70.

Brenner, R. (1989). “Bourgeois Revolution and Transition to capitalism”, en Beier, A. L. *The first modern society*. Cambridge: Cambridge University Press.

Carr, E. H. (1984). *La Revolución Rusa*. Madrid: Alianza Editorial.

Castoriadis, C. (1976a). *La sociedad burocrática. Vol. 1. Las relaciones de producción en Rusia*. Barcelona: Tusquets Editor.

- Castoriadis, C. (1976b). *La sociedad burocrática. Vol. 2. La revolución contra la burocracia*. Barcelona: Tusquets Editor.
- [Castoriadis, C.] Cardan, P. (1976). *Los consejos obreros y la economía en una sociedad autogestionaria*. Madrid: Zero S.A.
- Cockshott P. y Nieto Ferrández, M. (coords.) (2017). *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*. Madrid: Trotta.
- Dávalos, P. (2018) "Inteligencia artificial y los «Grundrisse» de Marx". <https://cutt.ly/pwqL6URK>. Fecha de consulta: enero de 2023.
- De Jong, A. (2015). "¿De apisonadora estalinista a mariposa libertaria? La evolución ideológica del PKK". *Viento Sur*, 140, pp. 5-37.
- Delgado Wise, R. (2021). "Apuntes sobre capital, ciencia, tecnología y desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo contemporáneo". *Observatorio del desarrollo*, Vol. 8, nº 24, pp. 46-57.
- Díaz Macías, E. M. (2022a) "Por un materialismo democrático (I). Las antinomias del liberalismo y las condiciones materiales de la libertad y la democracia", en Lowy, M. y Díaz Macías, E. M. *Socialismo y democracia*. Madrid: Catarata, pp. 27-71.
- Díaz Macías, E. M. (2022b). "Por un materialismo democrático (II). Socialismo democrático y estrategia", en Lowy, M. y Díaz Macías, E. M. *Socialismo y democracia*. Madrid: Catarata, pp. 73-109.
- Díaz Macías, E. M. (2023a). "«Socialismo real» versus «materialismo democrático» (I). Encuentros y divergencias entre la democracia y la tradición comunista". *RESED*, 11, pp. 77-96.
- Díaz Macías, E. M. (2023b). "«Socialismo real» versus «materialismo democrático» (II). Romper la rueda. El Materialismo Democrático como alternativa a la normalización del estalinismo". *RESED*, 11, pp. 341-356.
- Fontana, J. (2017). "A los 100 años de 1917. La revolución y nosotros". En Andrade, Juan; Hernández Sánchez, Fernando (eds.). *1917. La Revolución Rusa 100 años después*. Madrid: Akal.
- Foster, J. B. (2008). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Held, D. (2008). *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hobsbawm, E. (2002). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2014). *La era del imperio (1875-1914)*. Barcelona: Crítica.
- Kautsky, K. (2011). *La nueva táctica*. <https://bit.ly/387jcZQ>. Fecha de consulta: enero de 2023.
- Kowalewski, Z. (2021). "Cómo se formaron y funcionaron las relaciones de explotación en el bloque soviético". <https://cutt.ly/JwqHtwgu>. Fecha de consulta: enero de 2023.
- Lenin, V. I. (1975). *La bancarrota de la II Internacional*. Barcelona: Anagrama.
- Lenin, V. I. (2009). *El estado y la revolución*. Madrid: Diario Público.
- Lewin, M. (2005). *El siglo soviético*. Barcelona: Crítica.
- Luxemburg, R. (2017). *La revolución rusa*. Madrid: Akal.
- Mandel, E. (1977). *Tratado de economía marxista. Vol. 1*. México: Ed. Era, S.A.

- Mandel, E. [s.f.]. *El pensamiento de Leon Trotsky*. <https://cutt.ly/ywqY8ALX>. Fecha de consulta: enero de 2023.
- Mattick, P. (1978). *Anti-bolshevik communism*. Great Britain: Merlin Press.
- Moreno Pestaña, J.L. (2021). *Los pocos y los mejores. Localización y crítica del fetichismo político*. Madrid: Akal.
- Moreno Pestaña, J.L. y Ruiz Moreno, J. A. (2023). “Planificación, mercado y propiedad en una agenda socialista”. *Historia Actual Online*, 60 (1), pp. 157-170.
- Pannekoek, A. (1977a). *Los consejos obreros*. Madrid: Zero S.A.
- Pannekoek, A. (1977b). “La organización de los consejos”, en Mattick; Pannekoek; Gorter; Bergmann. *Los consejos obreros y la cuestión sindical*. Madrid: Castellote Editor, pp. 104-118.
- Polychroniou, C. J. (2023) “Noam Chomsky habla sobre ChatGPT. Para qué sirve y por qué no es capaz de replicar el pensamiento humano. Entrevista”. <https://cutt.ly/UwqZqasP>. Fecha de consulta: mayo de 2023.
- Schumpeter, J. A. (1983). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Santiago de Pablo, L. (1962). “El tránsito del socialismo al comunismo en la ideología soviética actual”. *Revista de Estudios Políticos*, 121, 23-82.
- Stalin, J. (2002). “Capítulo XII”, en Stalin, J., *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS*. <https://cutt.ly/NOSJild>. Fecha de consulta: mayo de 2023.
- Tanuro, D. (2011). *El imposible capitalismo verde*. Madrid: La Oveja Roja/Viento Sur.
- Wood, E. M. (2021). *El origen del capitalismo. Una mirada de largo plazo*. Madrid: Siglo XXI.